

manifestaciones que en todos sentidos se hacen para proclamarla.

En la convencion reunida en Cleveland, á fines de Mayo, para la adopcion de un programa político y señalamiento de candidatos en las próximas elecciones, el general Cochrane, designado para vicepresidente de la república por aquella reunion, pronunció un elocuente discurso, en el que fué uno de sus temas favoritos el de la necesidad de sostener esa doctrina de Monroe, despreciada por la Francia á causa de los disturbios de sus mantenedores. La convencion á su vez, al fijar las bases de su programa, señaló como una de las principales ese mismo principio, en cuya observancia y conservacion están conformes los hombres de todos los partidos.

En otra reunion, habida en Nueva York en el instituto de Cooper, de los partidarios de Lincoln para la próxima eleccion presidencial, tanto en el discurso de Spencer, que presidió allí, como en el del general Oglesby, hubo enérgicas protestas de lanzar á los franceses y destruir su obra en Méjico, las cuales fueron muy aplaudidas.

Los alemanes del Estado de New-Jersey han publicado su programa para las próximas elecciones, cuyo artículo 3º propone "repeler de un modo resuelto los esfuerzos de la Europa para intervenir en el suelo americano."

La necesidad de la observancia de la doctrina de Monroe se va haciendo cada dia mas patente, á la luz de nuevos é importantísimos acontecimientos. El mas grave de los ocurridos últimamente, es el de las dificultades suscitadas entre el Perú y España. Habiéndose presentado en Lima D. Eusebio de Salazar y Mazarredo, con el carácter de enviado del gobierno español, para tratar de los sucesos ocurridos en Talambo, pasó una nota confidencial al ministro peruano

de relaciones, pidiendo ser recibido como *comisionado* de S. M. C. El gobierno del Perú manifestó su buena disposicion para recibirlo como agente confidencial, pero no como comisionado, por no avenirse esto con los usos diplomáticos, y por la posibilidad de que así se ocasionaran nuevas dificultades. Posteriormente se ha dicho, que siendo el título de comisionado el que se da en España á los agentes enviados á las colonias, importaba una ofensa al Perú, cuya independencia es un hecho notorio, aunque no esté reconocida por la antigua metrópoli.

Mazarredo contestó en términos de una ruptura completa, alegando entre otras razones, que el Perú trataba de contratar un préstamo considerable, mayor del que exigen las necesidades del país, porque desea prepararse para una guerra con España.

El comisionado español pasó en seguida á unirse con el almirante Pinzon, comandante de una escuadra española, la cual ocupó las islas de Chíncha, que son las del guano, enarboló allí la bandera de España, é hizo prisioneros al gobernador y varios empleados, apoderándose ademas de un buque de guerra de la república, y persiguiendo á otros que se refugiaron bajo los fuegos de la fortaleza del Callao.

Han mediado despues entre el almirante y el Dr Ribeyro, ministro de relaciones del Perú, muy serias contestaciones, en las que queda bien demostrado cuán injustificable es el atentado que se ha cometido, contra el que protestó el cuerpo diplomático de Lima, con excepcion del ministro de Francia.

Tales acontecimientos se enlazan directamente con la cuestion mexicana, por poner de manifiesto las intenciones hostiles de la Europa sobre este continente, todo por la impotencia en que se cree se encuentran ahora los Estados-Uni-

dos para oponerse á que sean realizadas. En consideracion á tal circunstancia, hemos creído necesario traer á colacion lo ocurrido en el Perú, para demostrar con un argumento mas la necesidad de que el gobierno de Washington abandone su política sumisa y complaciente, y siga el sentimiento popular, cada vez mas pronunciado en favor de la doctrina de Monroe, respecto de la cual repetimos que están conformes todos los partidos.

Partiendo de tal antecedente, no cabe duda en que, cualquiera que sea el éxito de la lucha existente en la actualidad entre los Estados Unidos y los Confederados, ora acaben los primeros por sobreponerse á los segundos, ora por el contrario se realice la independencia del Sur, siempre ha de venir, mas tarde ó mas temprano, la oposicion abierta á la consolidacion de la monarquía en México, que á mas de herir en lo mas vivo los sentimientos republicanos de los que nunca han conocido aquella forma de gobierno, tiene en su contra el vicio capital de emanar, no de la voluntad del pueblo mexicano, dueño en virtud de su soberanía de escojer las instituciones que mejor le parezcan, sino del apoyo prestado por una potencia intrusa á un partido funesto, incapaz de sostenerse por sí solo en el poder, y que presenta hoy la grito de unos cuantos aduladores y el silencio de un pueblo oprimido, como la expresion de la voluntad de México.

Aunque segun las primeras noticias que corrieron sobre el éxito de la gran campaña emprendida per Grant en Virginia, era de presumirse fundadamente la completa derrota de Lee y la subsecuente ocupacion de Richmond, la rectificacion de los hechos ocurridos ha venido á revelar que la cuestion está todavía por resolverse. Despues de la serie de batallas habidas en el espacio de ocho dias entre los dos ejércitos beligerantes, no hay aún nada decidido, y ni siquiera

se puede predecir el éxito probable de la contienda. Al avanzar Grant sobre la capital de los Estados Confederados, lo hizo en combinacion con Butler y Sigel, de los cuales el primero estaba encargado de cortar la comunicacion entre Lee y Beauregard, y el segundo de ocupar el camino de Lynchburg. El objeto de este plan estratégico era conseguir que Lee no pudiese ser reforzado, que no tuviese camino expedito para retirarse, y que se viese así obligado á sucumbir ó á capitular, despues de lo cual vendria la rendicion de Richmond. El plan ha fracasado completamente. Butler, batido por Beauregard, dejó el paso libre á las fuerzas que este manda, las que están ya incorporadas con las de Lee. Tambien Sigel se ha dejado derrotar, y ha sido ya reemplazado en el mando por el mayor general Hunter, dando por resultado el descalabro sufrido que Breckenridge, lo mismo que Beauregard, se haya unido al ejército de Lee. Verdad es que Grant se encontraba ya á pocas millas de Richmond; pero su contrario seguia interpuesto en el camino de la capital del Sur, esperando en fuertes posiciones una nueva y sangrienta batalla, que será la que en cualquier sentido pueda llamarse decisiva. Como las últimas noticias que tenemos del teatro de la guerra solo alcanzan á los primeros dias del mes que está para espirar, á esta fecha debe estar resuelta la cuestion, aunque no sabemos todavía en qué términos.

En cuanto á los sucesos ocurridos en nuestro propio país, hablaremos primeramente de los que tuvieron lugar entre los intervencionistas ántes de la llegada de su emperador.

Los escándalos de la crónica escandalosa siguieron á la orden del día, merced á los repetidos abusos debidos á la influencia de la famosa "Esmeralda," que á fuerza de dinero, con el que pronto logrará enriquecerse, ha estado obteniendo colocaciones, empleos, sueldos y otras gracias de di-

verso género, para sus protegidos. Ha sido ya un tráfico formal el de la cortesana, en favor de cuantos solicitaban su apoyo, á precio mas ó ménos subido.

Los consejos de guerra franceses no han cejado en su feroz mision de fusilar por docenas á los infelices inicuaamente sometidos á su jurisdiccion, entre los cuales, si bien ha habido muchos salteadores de camino real, merecedores del mas severo castigo, ha habido tambien un número considerable de víctimas inocentes, sacrificadas por los fallos de los tribunales, que han estado violando con su existencia la soberanía del país en que funcionan, y faltando á la vez á las formas tutelares de la administracion de justicia. Una sentencia, pronunciada casi sin figura de juicio, en una breve audiencia, sin pruebas, sin defensa, sin apelacion, sin recurso de ninguna clase, pone término á cada paso á la vida de mexicanos, sustraídos de sus jueces naturales, y sometidos al capricho de audaces extranjeros. Verémos si despues de la instalacion de Maximiliano continúan esos tribunales de sangre ejerciendo esas ilícitas funciones, para mayor honra y gloria de la civilizacion francesa.

En la legion extranjera, empezada á formar desde ahora, como núcleo de los ocho mil hombres que han de componerla, á la retirada del ejército francés, comienza á haber una desercion tan escandalosa, que ya se han dictado, y publicado por la misma prensa intervencionista, medidas severas para la represion de ese delito militar. De mal agüero es para los que cifran sus esperanzas en el apoyo de tropas mercenarias, y aventureros de todos los países del mundo, ver desde los primeros dias la poca confianza que merecen hombres sin mas vínculo que el del interes.

De las grandes cuestiones sociales presentadas como origen de la intervencion, algunas han empezado á tratarse por

la *Estafette*, órgano del general Bazaine. Las mas notables han sido las del registro civil y tolerancia de cultos; y para asombro de los que no estén acostumbrados á las inconsecuencias y contradicciones de los intervencionistas, la *Sociedad* y el *Pájaro Verde*, representantes del fanatismo en su mas alta expresion, han tenido la avilantez de convenir ahora en la esencia de los principios liberales, combatidos ántes con ciego frenesí, cuando eran proclamados por el gobierno reformista mexicano. El anatema de todo hombre de moralidad caerá sobre la cabeza de esos partidarios de mala fé, á quienes en gran parte se debe la intervencion extranjera, llamada para contener los supuestos abusos de un poder legítimo, ilustrado y nacional, y aceptada hoy sin empacho, á pesar de que proclama las mismas ideas contra las que se levantó poco ha una oposicion, que ha inundado en sangre al país, y sujetádolo á las mas espantosas calamidades.

Entre las grangerías de la "Esmeralda," la ferocidad de los consejos de guerra franceses y la palinodia de los reaccionarios convertidos hoy al liberalismo, pasaron los dias anteriores á la venida del austriaco. A su llegada á Veracruz, ya no han tenido tiempo los monarquistas improvisados de ocuparse en otro asunto que en la recepcion rastrera y adulatora de su amo. Dias y semanas enteras trascurrieron sin que se hablara de otra cosa que de los incidentes mas insignificantes del viaje de Maximiliano y de la gentil Carlota, de Veracruz á México.

Al desembarcar el llamado emperador, el 28 de Mayo, dirigió á los mexicanos una insultante proclama, plagada de galicismos, llena de lugares comunes, notable por sus falsedades, y desprovista de todo programa claro y terminante, en lugar del cual solo se usó de esas frases vagas de estampilla, con las que realmente no se dice nada.

El austriaco se atreve á decir que los mexicanos lo han deseado, que la nacion lo llama á regir sus destinos por una mayoría espontánea. Imposible es que tales conceptos lleven el sello de la conviccion, cuando el mismo que los profiere debe tener ya conocimiento del modo péfido con que se ha falseado la voluntad del pueblo mexicano, y cuando el convenio que acaba de firmar para la retencion del ejército frances y la creacion de un cuerpo de aventureros con el nombre de legion extranjera, es la prueba mas irrefragable de su íntima seguridad de que solo puede sostenerse su bamboleante trono con el apoyo de armas extrañas, destinadas á dominar á ese mismo pueblo de cuyo amor se habla con tanto énfasis. La espontaneidad de la mayoría de la nacion respecto de la venida de Maximiliano, es inconciliable con la presencia prolongada de soldados extranjeros.

A revelar hasta á los mas preocupados la falsedad de las manifestaciones *espontáneas* de las actas, ha venido una circular de Gonzalez de la Vega, subsecretario de gobernacion de la regencia, documento á que se ha dado la correspondiente publicidad, y en el que se manda á los prefectos políticos, con asombroso cinismo, que no se espere á recojer las firmas de los vecinos, bastando que suscriban las actas las autoridades políticas, los ayuntamientos, los tribunales y jueces y los empleados. No puede ser mas patente que se ha tratado de que aparezca como la verdadera voluntad del pueblo, la traicion de unos cuantos malvados, apoderados por la fuerza de las poblaciones.

La mision providencial de que el archiduque se supone encargado por el Todopoderoso, es una de esas patrañas con que es lícito á todo aventurero calificar las empresas mas piráticas. En la imposibilidad de averiguar lo que la Divina Providencia tiene resuelto acerca de la suerte de las nacio-

nes, el conquistador, el filibustero, el amigo desleal, el ambicioso, y cuantos tienen á su disposicion algun elemento de fuerza, pueden á boca llena llamarse representantes de la Divinidad. A la hora que lo tengan por oportuno, pueden; Alejandro en Polonia, el Austria en Italia, la España en Santo Domingo, declarar misiones providenciales, obras no ménos inicuas que la que Napoleon y Maximiliano están ejecutando en México.

Las sonoras palabras de justicia, igualdad ante la ley, libertad personal, fomento de la riqueza nacional, mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria, establecimiento de vías de comunicacion, libre desarrollo de la inteligencia, constituyen el programa invariable de todo el que entra á gobernar. Para que el país supiera á qué atenerse respecto de las intenciones de Maximiliano, necesitaria algo mas positivo, como la designacion de los principios políticos que se proponga observar, decidiéndose por uno ú otro de los de las opuestas escuelas de la reforma y el retroceso. Al través de la frase relativa á la conveniencia de seguir animados del sentimiento religioso, se vislumbra la inclinacion á la teocracia, aunque contradice tal deduccion la circunstancia de hacerse tambien mencion especial del progreso. En resúmen, la política imperial, lo mismo despues que ántes de la proclama, es un logogrifo indescifrable, cuyo sentido no se vendrá á comprender sino cuando el tiempo lo haya marcado con caracteres inequívocos.

La union de los partidos, sin la que es imposible la consolidacion del imperio, no pasa de un sueño halagador para el austriaco, del que no tardará en despertarlo lo atronadora oposicion de los mexicanos amantes de su independenciam, decididos contra el yugo extranjero, amigos de las instituciones republicanas.

Era imposible por supuesto no hablar de la bandera civilizadora de la Francia y del emperador Napoleon, á quien asegura Maximiliano que debemos el renacimiento del orden y de la paz. ¡La paz! ¡El orden! ¿Dónde existen? ¿Dónde los encontrará Maximiliano? Lo que México debe al emperador Napoleon es una serie de horribles calamidades, de que no se repondrá en mucho tiempo. Maximiliano sí le debe un trono; pero son tantos los peligros á que se expone al aceptarlo, que tal vez un dia no muy lejano renegará del regalo.

La flojedad, el desaliento que se revelan en la proclama de Maximiliano, bien á las claras están patentizando que ni siquiera anima al aventurero emperador una de esas inspiraciones fanáticas que suelen tener los que acometen empresas de tanta magnitud. El ahijado de Napoleon III viene á México lleno de timidez, á probar fortuna, con los ojos siempre vueltos al mar, para abandonar el dia del desengaño el suelo que se proponia explotar en su provecho, y para volverse á su pacífico retiro á esperar que tengan tal vez lugar los derechos eventuales á que ha renunciado condicionalmente, como medida de prevision para un caso que considera fácil de realizarse.

El recibimiento de los emperadores en Veracruz fué seco y frio. Las damas de la ciudad no se presentaron á rendir homenaje á la gentil Carlota, la cual no pudo ménos de expresar su disgusto por semejante omision. El pueblo permaneció con el sombrero puesto, no obstante los esfuerzos del prefecto político, que se desgañitaba gritando que saludaran á Maximiliano. Los discursos oficiales, de que en cada poblacion se han ido haciendo nuevas ediciones, nada tuvieron de notable, conteniendo por una parte rastrera adulacion y vulgaridades por la otra.

El espantoso miedo del austriaco al vómito, miedo que ni

por vergüenza se cuidó de disimular, le hizo no demorarse en el puerto mas que el tiempo estrictamente necesario para tomar el ferrocarril. Llegado al extremo de este, montó en coche para seguir hasta Córdoba, á donde llegó á las tres de la mañana, por haberse roto el carruaje en el camino. Para un ánimo tan preocupado como parece serlo el del archiduque, de mal agüero ha sido tal incidente.

De Orizava en adelante, estaban ya demasiado prevenidos los aduladores de oficio, para que fuera posible la repeticion de las desairadas escenas de Veracruz. Los curas habian tenido buen cuidado de obligar á sus indígenas feligreses á salir al encuentro de Maximiliano. Los fondos públicos se habian empleado en fabricar un entusiasmo ficticio. La corta parte de la sociedad mexicana verdaderamente decidida por el imperio, habia echado pecho al agua para sus demostraciones de júbilo. Los indiferentes se proponian asistir al recibimiento del príncipe advenedizo, movidos de la curiosidad que siempre promueve un espectáculo inusitado. Las tropas traidoras estaban en el deber de mostrarse adictas al soberano que han proclamado los que las mandan. El ejército frances, obligado por Napoleon á recibir á su protegido con honores imperiales, no podia faltar á la consigna que se le habia dado. De esta manera se explica la aparente solemnidad con que tanta alharaca han metido los periódicos intervencionistas, queriéndola presentar como una prueba inequívoca del repentino amor de los mexicanos á unos extranjeros, que ni siquiera de nombre conocian hace poco tiempo.

La demostracion mas incontestable de que las farsas de la recepcion no han sido obra del espíritu público, sino simple resultado de las combinaciones de los traidores, es la seguridad de que, si el austriaco se hubiera rehusado á aceptar la corona de México, en cuyo caso hubiera Napoleon nom-

brado su sustituto, las mismas fiestas se hubieran celebrado, sin la mas pequeña diferencia. Y si respecto del candidato no habria habido variacion, llamárase Maximiliano ó Patterson, tampoco la habria habido por lo que respecta á la forma de gobierno, si en vez de imponernos la monarquía la omnipotente voluntad del emperador de los franceses, hubiera preferido en sus caprichos las instituciones republicanas. En la comedia representada por los satélites de aquel potentado, estaban los papeles aprendidos de memoria; y bien ensayada escena por escena, para que todo saliese á medida del deseo del autor.

En la recepcion de la capital de México, que fué en la que mas se esmeraron naturalmente los intervencionistas, tomaron parte en el espectáculo las familias pertenecientes á la improvisada aristocracia mexicana, podrida ántes de madurar; pero en las mismas minuciosas relaciones hechas por los mas entusiastas monarquistas, con el objeto de dar un carácter popular á sus maquinaciones, aparece á toda luz la inquestionable verdad de que la intervencion, la monarquía y el monarca cuentan con bien escasos partidarios. En la recepcion hubo mucho de teatral, segun lo ha confesado Barrés, quien está haciendo en la prensa intervencionista el papel de los bufones de los reyes, para decir, en medio de sus chocarrerías, algunas verdades amargas. Al recorrer la lista de los seudos mexicanos que tomaron parte en la funcion, el ánimo adolorido con tanta bajeza se consuela al no encontrar un solo nombre liberal, no ya de las notabilidades de este partido, pero ni siquiera de sus mas insignificantes miembros. De los mismos conservadores, muchos hay que no dan la cara, prefiriendo seguir una política de retraimiento. Los monarquistas *pur sang* son un puñado de traidores, demasiado conocidos tiempo ha por sus ideas antipatrióticas. Su

reducido círculo no se ha aumentado: lo forman todavía los mismos hombres que usurpaban los puestos públicos en tiempo de Zuloaga y Miramon.

Pero si en número son tan pocos, en bajeza son inimitables. Cuanto puede imaginarse de mas abyecto, de mas repugnante, de mas degradado, tanto han hecho esos expúrios mexicanos para congraciarse con su emperador. Desde aquella irritante escena de Miramar, en que Gutierrez Estrada y sus compañeros se presternaron ante el austriaco para rendirle pleito homenaje de rodillas, quedó ya bien indicado de lo que serian capaces personas que así humillan su propia dignidad. Tan repugnantes han sido los actos de adulacion de los improvisados monarquistas, que se cuenta haber disgustado al mismo á quien se proponian halagar con tanto servilismo. De hoy en adelante quedarán con una marca indeleble los degradados intervencionistas, prontos siempre á decir como el esclavo de Byron: "Pacha, to hear is to obey."

Nada tiene de extraño que aduladores de tan baja ralea no hayan podido producir en sus composiciones monárquicas, algo digno de llamar la atencion. La literatura imperial se ha inaugurado bajo tan fatales auspicios, como todo lo demas concerniente al nuevo orden de cosas. Desde las insulsas coplas de Aguilar y Marocho, llamado por el "Memorial diplomatique" el primer escritor mexicano, hasta la prosaica oda de D. Luis G. Cuevas y los ridículos dísticos de Zamacois y D. Antonio Pardo y Mangino, todo ha sido de tal manera malo, que daría verdaderamente vergüenza ver que circulaban tan pobres producciones, si no mediara la consideracion de que no es posible se sintieran inspirados, ni aun verdaderos vates, con la traicion y la infamia. Por aquí puede juzgarse de lo que será la obra de míseros poetastros, sin genio ni siquiera ilustracion.

Ignoramos todavía cómo formará el austriaco su gabinete, para el que suponemos que buscará algunos liberales, aunque nos inclinamos á creer que no los encontrará ni entre los mismos egoístas, que si bien se cruzan de brazos á la hora de la prueba, esquivando todo compromiso, no se prestan al ménos á tomar una parte activa en la obra nefanda de la traicion. Tampoco sabemos con qué actos marcará el emperador de los notables el principio de su reinado, para dar á conocer la política que se proponga seguir, ya que hasta ahora la vaguedad de los conceptos que ha emitido no permite presumirla. En nuestro sentir, la negativa de los liberales á entrar al ministerio, lo obligará forzosamente á echarse en brazos del partido conservador; y por este mismo motivo, á la política contemporalizadora que suponemos aceptará de preferencia, con la loca esperanza de servir de punto de concentracion á todos los partidos, sucederá bien pronto la intolerante, la fanática, la retrógrada en todos sentidos, que han de infundirle por necesidad los personajes de que se va á ver exclusivamente rodeado, quienes ejercerán en su ánimo una influencia decisiva, si es cierto, como lo anuncian los que han tenido ocasion de conocer á Maximiliano, que es cándido, débil, de pocos alcances, falto de mundo, é ignorante de los dobleces del corazon humano.

De su inclinacion á la parte mas perversa de los traidores, única en que puede apoyarse, dan ya muestras bien claras las distinciones con que, desde ántes de venir al país, y en los pocos dias que lleva de estar en él, ha premiado los servicios que le han prestado.

Márquez y Mejía recibieron, como regalo enviado desde Miramar, cartas autógrafas de su soberano, en que les prodigaba los mayores elogios, al mandarles la cruz de la ridícula órden de Guadalupe. Mayores agasajos todavía ha reci-

bido Almonte, destinado por sus antecedentes á ser uno de los personajes mas encopetados del imperio. Figuró primero unos cuantos dias como lugarteniente del emperador, lo cual se hizo sin duda con el objeto de poner en ridículo á la regencia trina, pues no se explica de otra suerte á qué venia un cambio de dos semanas de duracion. El lugarteniente ha sido despues nombrado gran mariscal de palacio, y condecorado tambien con la gran cruz de Guadalupe, con la que hará digno juego la de la legion de honor que le ha concedido Napoleon, en premio de sus servicios, no á México sino á Francia. Almonte figurará seguramente en el ministerio imperial, quedando así al fin saciada la sed de honores que lo ha devorado toda su vida, aunque tendrá que resignarse á figurar en segundo término, despues de haber aspirado siempre al primero.

A mas de los tres personajes mencionados, ha agasajado el emperador, siempre con la cruz de Guadalupe, que es dádiva poco costosa, á los prelados de la iglesia mexicana, declarados todos por la monarquía, y á las autoridades locales de los puntos por donde fué transitando en su viaje. A primera vista parece chocante que reciban señaladas muestras de distincion hombres cargados de crímenes tan execrables como Márquez y Mejía; pero si bien se considera, de no ser ellos y su comparsa los agraciados por la munificencia imperial, no sabria esta qué hacer con sus dones, inaceptables para otros mexicanos no contaminados todavía con la epidemia monarquista. Poco ha de tardar Maximiliano en desengañarse de que es una quimera su pretendida fusion de los partidos. El independiente, el liberal, el reformista, el republicano, lo rechaza abiertamente, decidido á no transigir. El único apoyo de Maximiliano es el de la corta minoría formada por parte del antiguo partido reaccionario. Débil é